



HUMORISMOS

Momentos de «frugalidad» montañera

Una limonada es algo serio y magnífico, que requiere su momento, sus odas y una *mise en scene*, características.

Tanto como la nieve, la amistad. El círculo magnético de comensales, estrechados en círculo.

El cielo azul, calor, alegría, apetito, y una disposición de ánimo peculiar.

Capacidad de asombro ante la cecina, el jamón, la lengua, que han ganado en resonancia con el uso.

Las salsas, el bacalao, las angulas, las mollejas, el pollo, los *sarbitos*... Y cuando todo parece terminado: las chuletas.

¡Sociedad filarmónica! Que el espíritu milenario presida internamente.

Pastas, colineta (con un ángel en la punta), pasteles españoles, bizcochos, polvorones...

Y luego, verborrea, sed; despreocupación por lo pasado y por venir.

La garrafa, a ser posible, de las antiguas. Nada de engranajes ni manivela.

Gaudeamus Domini. Gracias os damos, Señor, por el alimento. *Eskarrikasko, Jaungoikoa*.

Quien se pone la servilleta como un barbero, es de los predestinados. El virtuoso es el que da a la garrafa.

—¡Sentarse cada cual en su puesto!

—¡Somos trece!

—Pues otro más y son catorce. Alejemos hasta la última sombra de mal.

Antes, una advertencia: Sed temperantes. Se puede beber sin exageración, para no dar margen a la ley seca. Hemos llegado, después de siglos, sanos y fuertes, con este régimen, de los grandes y señalados días. ¡Comamos y bebamos, pues! Sentémonos.

Somos ahora catorce. ¡Hermoso círculo de hierro!

Hay uno entre los comensales que comienza, desde el principio, a llevar la voz cantante. No está en la presidencia, pero ella le pertenece. El manda, ordena, discute y se seca la calva hermosa de vez en cuando. La tienda del castaño que nos cobija tiene grietas, que disparan lanzas de sol hasta el suelo. Una de ellas le da en la calva. Es la inspiración que descende.

Ya está la limonada en punto, garapiñada como en el Polo las aguas salobres y los *icebergs*.

—Beba usted—le dice uno al presidente en funciones.

—¡De hígado de oso!—exclama. Y con las mismas se calla.

Entonces los de la mesa escancian a su vez, y un coro nutrido habla en conversación cerrada, uno a otro comensal, entre vecinos, entre los extremos y a través de los medios. Nada de individualismos. ¡Hermosa *melée*!

—Vino tinto, blanco para empezar. La limonada necesita un lecho de preparación—dice un entendido.

Pero ya es tarde: Ris, ras; ris, ras; ris ras; ris, ras...

Suena la garrafa con el ímpetu de sesenta litros (tres de blanco por uno de agua y un azucarillo por un cuartillo).



—¡Buena *sesina*! ¡Buena lengua!—se oye afirmar entre murmullos de aprobación.

Hay dos sopas. A cual tienen más venenos, más toxinas. La una caldosa; la otra de arroz, como cemento. Tiene incrustaciones de gallina, chorizo y dentros. Siguen: mollejas, bacalao, pollo y angulas. Y surge la discusión.

—¿De dónde vienen las angulas? ¿De la Isla del Continente, del mar del Norte o del mar del Sur?

Hay un imponente silencio.

La presidencia conoce el estado de la cuestión y va a hablar.

—No sabéis una palabra... comienza, y un panecillo le interrumpe. Le ha dado en mitad del ojo izquierdo.

Grandes risas, y uno más compasivo le prepara un colirio, con limonada y agua a partes iguales.

Otro rayo de sol cae sobre el presidente en funciones, pero éste es nada al lado del panecillo.

El pleito de las angulas continúa en pie. Hay dos bandos: El del mar del Norte y el del mar del Sur.

El de la garrafa dice compungido: —¡Esto se ha acabaó!

Pues haste más—gritan todos, furiosos y unánimes.

El sol va cayendo, pero la mesa se afirma cada vez más.

El ojo del presidente reaparece. Tiene un círculo morado, como de un puñetazo. Todos ríen, menos él.

Se saluda la nueva garrafa. Entonces, cantan a coro:

La vida es triste
y el porvenir mentira;
ya son gordas
las que tenemos que pasar
con la burjaca
y un saco al hombro
recogiendo
corrusquitos de pan.

—Si nos dan...—responde la cuerda de bajos.

El acompañamiento de garrafa, como el de un magnífico y roñoso instrumento desconocido y agrietado, mantiene el compás de la melodía.

—¿Y las chuletas? Ya llegan como si fueran palas de carne, con perejil y ajo—cuando todo parecía terminado.

—Es el plato vegetal, a través del buey. Para eso estuvo paciendo dos años en la campa de Arraba.

Ya no hay presidencia. No se sabe si desde el panecillo o porque todos mandan. Todas las discusiones terminan por apuesta.

Boga, boga, Mariñela... Mariñela...

Ya la garrafa flota como un barco sin lastre, a la deriva.

La colineta, los pasteles, son como papel secante que agotan todos los líquidos.

Y llega la cocinera. La más gorda, roja y sana del contorno. Ha estado entre las brasas y cazuelas, a un lado de la campa.

—¿Os ha *gustao*, chicos?, dice, u otra frase por el estilo.

Y suena el tamboril:

Tirulí, tirulí; tin tin...
Tirulí, tirulí; tin tin...

Y bailan la cocinera y el presidente con una corona de laurel.

Viejas limonadas, vividas con la nieve del Gorbea.

Canto ingenuo de fraternidad, en medio de la alegría del sol del estío.

No nos dejéis nunca, como el buen humor.

Sois muy nuestras, como las neveras metidas en el corazón de nuestras montañas.

EL DOCTOR MOSTATXA.